

Los monumentos al héroe: textos de la construcción de nación.

Ricardo A. Ruiz P.¹

Anderzon Medina Roa².

¹ Doctorando en Antropología; MSc. en Historia, Historia y Crítica de Arquitectura; Lic.en Letras, Mención Historia del Arte. Profesor ordinario del Departamento de Teoría e Historia de la Escuela de Artes Visuales y Diseño Gráfico de la Facultad de Arte - Universidad de Los Andes (Mérida – Venezuela). Dirección institucional: Escuela de Artes Visuales y Diseño Gráfico, Avenida La Hoyada de Milla, Urbanización Santa María Sur. Mérida, Estado Mérida. Venezuela. Código Postal 5101. *Teléfono:* 58 - 0274/ 2403601. Correo: ricruizjr@gmail.com y ricardoruiz@ula.ve.

² Dr. en Lingüística, MSc. en Lingüística, Lcdo. en Idiomas Modernos, mención Cum laude, todos por la Universidad de Los Andes. Profesor Asociado en la Universidad de Los Andes.. Dirección institucional: Dirección de Escuela de Idiomas Modernos. Facultad de Humanidades y Educación. Edificio A, 3er piso. Núcleo Liria. Avenida Las Américas, Mérida, Venezuela. 5101Teléfono institucional: 0274-2401880, Email: anderzonmedina@gmail.com, Twitter: [@medina_anderzon](https://twitter.com/@medina_anderzon)

Resumen

Este ejercicio de análisis aborda tres monumentos erigidos en la ciudad de Mérida (Venezuela), a héroes de la gesta independentista entre 1842 y 1895: la columna de Bolívar (1842), la columna de Páez (1890), el monumento a Sucre (1895). Además de objetos estéticos, estos monumentos llevan desde su concepción la construcción de un tipo de nación y un tipo de ciudad deseada, igualmente de la construcción de la ciudadanía moderna a partir de lo patrimonial. Bajo este propósito se consideró superar especificidades disciplinares, para alcanzar una interpretación razonada de la motivación del levantamiento de estas obras. Por consiguiente, destacan entre los autores: Derrida desde la deconstrucción, y su concepto de texto como estructura leída de la realidad y Bourdieu al tomar de su propuesta teórica las nociones de *campo*, *capital* y *habitus*. Entre los hallazgos más relevantes, destacará que tales hitos pertenecen al discurso extenso de la construcción de nación a través de la creación de un ciudadano ejemplar, como parte del Proyecto Nacional, lo que también incluía la necesidad de ordenamiento urbano por medio de parques y monumentos embebidos de ese espíritu con la finalidad homogeneizadora de la sociedad.

Palabras clave: Monumento, texto, héroe nacional, identidad, habitus.

Abstract

This research exercise addresses three monuments in the city of Mérida (Venezuela), to heroes of the Venezuelan war of independence. Built between 1842 and 1895, these monuments are the Columna de Bolívar (1842), the Columna de Páez (1890), the Monument to Sucre (1895). More than aesthetic objects, these monuments convey the construction of a kind of nation and a kind of city, in addition to the construction of modern citizenship based on national heritage. The analysis overcomes disciplinary boundaries in order to reach a plausible interpretation of the motivation for the building of these works. Two authors stand out: Derrida for a deconstructive approach, along with his concept of text as any structure read from reality and Bourdieu, from whom we take the notions of field, capital and habitus. As a relevant finding, we point out that these monuments belong to a greater discourse for constructing nation through the creation of exemplary citizens, as part of a national project, which also included the need for urban planning (through parks and monuments) permeated with a standardizing purpose.

Key words: Monument, text, national hero, identity, habitus.

1. Introducción

*Monumenta vetera volvere!*³

Cicerón decía *historia magistra vitae*, la historia es maestra de la vida. Aquella sentencia acudía al ciudadano común, un destello de aforismo que definía el valor que el ciudadano del imperio romano debía tener con el mundo presente, valorando el pasado, una instrumentalización de la historia. Si la consideramos desde la idea de causa final en la teleología de Aristóteles, la razón de la historia sería enseñar a vivir, convivir y respetar los yerros del pasado y las gestas de nuestros antepasados.

La cuestión en sí de los historiadores es la de reconstruir el pasado, mostrar el devenir de los hechos y construir sentido entre causas y efectos. Sin embargo, al seleccionar y enaltecer ciertos relatos, podemos llegar a la conclusión de que, como diría G. Orwell, la historia la escriben los vencedores. Lo que demanda la necesidad de una historia objetiva de los hechos, en palabras de Cervantes, la historia es “la madre de la verdad”, al menos como proyecto. No obstante, esta querrela más o menos entendida como la esencia de ser un historiador pasa por otro factor, uno en el que aquellos historiadores con múltiples y diferentes miradas terminan siendo parte de un anaquel de textos que se van recolectando. Acumulados hasta que finalmente son seleccionados por los difusores de la historia – docentes, políticos, entre otros – para determinar cuál de todas las versiones será la historia oficial, aquella que permita construir tejidos entre pasado y presente, generar dos tiempos acertados por la tradición y la utilidad de los relatos en la conformación de la ciudadanía, la identidad de ese ciudadano y la percepción de cultura, porque como elemento discursivo, la historia es maestra.

Detrás de todo este mecanismo, acuden decisiones éticas que se fundamentan en la presentación de la historia a ciudadanos cuyo perfil sea definido por todos los discursos

³ Hay que volver a los antiguos monumentos, hay que releerlos. (Marco Tulio Cicerón -106 – 43 A.C., orador, político y escritor romano)

necesarios, en los que cobra mayor relevancia los civilizantes, En suma, la historia habría de versar en torno a la construcción ética de la figura del héroe a través empatías ciudadanas por las gestas épicas de sus trayectorias, sus vidas ejemplarizantes, sus ideas y sus actos fundadores, propios de un país o localidad.

Con esto en mente, nos hemos planteado, como objetivo de este ejercicio de análisis, abordar tres monumentos erigidos en la ciudad de Mérida a héroes de la gesta independentista entre 1842 y 1895: la columna de Bolívar (1842), la columna de Páez (1890), el monumento a Sucre (1895). Además de objetos estéticos, estos monumentos llevan desde su concepción la construcción de un tipo de nación y un tipo de ciudad deseada, además de la edificación de la ciudadanía moderna a partir de lo patrimonial.

El análisis ha buscado interpretar estos monumentos como textos dentro de una agenda para la construcción discursiva – y por lo tanto social – de la realidad en la ciudad, construcción que generaba eco a textos utilizados en otros ámbitos e instituciones sociales tal como la educación, la que desde mediados del siglo XIX se impuso como tarea “ofrecer un discurso que favoreciera la construcción y consolidación de la Nación” (Quintero, 2015:§ 1). Para tal fin, hemos combinado herramientas teóricas en un análisis deconstructivo que incorpora elementos del análisis del discurso para abordar la construcción discursiva y social de la realidad, apoyándonos en las nociones de capital cultural, campo y *habitus*, desde Bourdieu. Estas herramientas han sido complementadas además con una lectura de los monumentos como patrimonio, crucial en la construcción de identidad nacional.

2. Contextualización y herramientas teóricas

Desde la segunda mitad del siglo XIX, cuando se comienzan a impartir clases de historia en nuestro país, y hasta incluso ya adentrado el siglo XX, el contexto carente de las posibilidades propias a una alfabetización consolidada o de la difusión a través de medios de comunicación masivos no generaba confianza suficiente para encargarse la formación para una construcción homogénea de la Nación, cimentada en la lectura de la historia oficial,

solo al frágil sistema educativo. La creación de una imagen heroica pasaba por la tradición oral en la leyenda de los ciudadanos o en mejor caso, pasaba por confiar en la antiquísima práctica de la edificación de monumentos, como depósitos de un imaginario que la tradición estaría construyendo a nivel civil, la probable programación de la figura ejemplar de sujetos excepcionales en la fundación de un país.

2.1. Monumento y patrimonio

Los monumentos son dispositivos de continuidad en el tiempo de nociones relevantes del pasado, cuya vigencia está fundamentada en lo que se conoce del tema en estos y del carácter ceremonial con que se rodea su relación interpersonal; después de todo, etimológicamente monumento significa memoria, lo que nos lleva a apuntar a memoria colectiva. Desde el monumento cultural (como los de la antigüedad que no perseguían la permanencia histórica, sino que se evidencia la contemporaneidad del culto a ideas vivas como los dioses) hasta el monumento histórico (descrito al principio de este párrafo), nos encontramos con nuevas modalidades de apropiación de lo cultural, a través de lo histórico, lo fundacional, la antigüedad y lo patrimonial (Beltrami, 2010).

Esta práctica, ya advertida como muy antigua por los restos arqueológicos de grandes civilizaciones, persigue distintos objetivos. Si rescatamos la cita inicial de Cicerón, visualizamos programas recientes como la modernidad latinoamericana, cuyo uso de los monumentos históricos busca crear distinción entre dos periodos históricos bastantes importantes de diferenciar en la población general. Por una parte, el periodo de sometimiento colonial de tipo administrativo, jurídico y social que fue fracturado; por la otra, el periodo de fundación de una república independiente del colonizador administrativa y económicamente.

Las culturas modernas (fundadas sobre lo económico, lo histórico, lo nacional, su respectiva preocupación identitaria, su consolidación educativa, entre otros aspectos relevantes) conllevan a comprender los monumentos con significados precisamente identitarios, históricos y nacionales, que se transformarán con el paso del tiempo en

componentes fundamentales de la idea de patrimonio cultural y construcción social. Es aquí que *patrimonio* adquiere valor simbólico en medio de figuras e ideas de autoridad moral en el relato histórico. El patrimonio llega a considerarse de la misma forma que el monumento cultural, en ceremonial y casi sagrado.

El trato al monumento implica respeto reverencial tanto material como inmaterial, la representación de los monumentos tiene que ver con valores definidos y sostenidos por aparatajes como la educación, pero al mismo tiempo por actos gubernamentales que proporcionan ritos frecuentes que evidencian la inmutabilidad de la narración conocida y asociada con el monumento histórico (Beltrami, 2010). En términos simples, el monumento representa materialmente valores históricos de maneras civilizadas que requieren consolidación y frecuencia de recordatorio por parte de agentes sociales autorizados (y por lo tanto discursivos) para crear el patrimonio en la ciudadanía que no solo protege y siente propio el monumento, sino que se identifica con el mismo por ser parte de su historia cultural.

2.2. Patrimonio, discurso, textos y construcción de realidad

El valor simbólico de los monumentos como patrimonio de una sociedad participa de los discursos vigentes en la misma, los que se utilizan para reforzar e incluir aspectos relevantes en una retórica constante de la construcción de identidad y, a través de esto, la construcción de la nación como comunidad imaginada (Anderson, 1991). La construcción social de la realidad es un tema recurrente de la sociología, de la antropología y otras disciplinas, en el marco del cual se busca responder cómo es que algo llega a ser considerado e internalizado como realidad compartida e institucionalizada, que no solemos cuestionar. Al ser social, tal construcción es esencialmente discursiva, es decir, se confecciona a través de un cotidiano entretejer de significados que intercambiamos, con los que configuramos mensajes en los que imprimimos y decodificamos sentidos que terminan por permitir la comunicación.

Los discursos son sistemas de significados social, cultural e históricamente anclados de los que participamos y con los cuales comprendemos y construimos la compleja realidad en la que vivimos (Medina, 2015). Participamos de ellos a través de textos, los que, desde una perspectiva lingüística, no son otra cosa que “lengua que está haciendo algo en un contexto” (Halliday & Matthiessen, 2014). Ahora bien, considerando que la lengua es un sistema de signos que utilizamos para comunicarnos, podremos resaltar el aspecto sistemático y semántico de la misma para acordar que existen otros sistemas (no lingüísticos), compuestos de signos cargados de significados con los que pueden comunicarse mensajes complejos de los que derivamos sentidos que igualmente compartimos dentro de una cultura.

Derrida definirá el texto como todo, todo es texto, pero para mayor precisión afirma que texto es la estructura leída de la realidad (1986), es la forma, el sentido y la firma. En otras palabras, la configuración del texto, el significado implícito en el contexto y la autoría del mismo, lo que permite identificar al monumento por sus aspectos morfológicos, lo simbólico de su lectura y el propósito de sus autores. Entendiendo todo como texto, entendemos también que toda estructura leída de la realidad es un medio a través del que participamos de los discursos vigentes en una sociedad y por lo tanto es necesario para la construcción social, y discursiva de la misma.

Los monumentos que nos hemos propuesto estudiar son concebidos como textos que cobran su sentido particular al establecerse en contextos definidos en los que se toma en consideración aquello a lo que se quiere referir, su audiencia (a quienes van dirigidos y quienes los ejecutan) y el rol de cada texto en sí mismo desde su estructura. Estos textos participan del discurso patrimonial al insertarse en una realidad discursiva y comunicativa dentro de una sociedad en particular la que, además, es preparada para recibirlos como tal.

2.3. En procura de un *habitus* ciudadano

En este punto, acudimos a Bourdieu (2016) al tomar de su propuesta teórica las nociones de *campo*, *capital* y *habitus*. Estas tres nociones son útiles para comprender los

monumentos como textos en un contexto específico, a través de los que se participa en discursos de formación de identidad y construcción social de nación. Desde Bourdieu, *campo* es un espacio social en el que se llevan a cabo interacciones entre sujetos que juegan roles más o menos definidos e influyen los unos en los otros. Parte de esta influencia ocurre en base a la distribución e intercambio del *capital* con el que cada sujeto cuenta (esta distribución no es equitativa) y que define las relaciones establecidas entre ellos; *capital* refiere a recursos, bienes que cuentan con valor de intercambio en uno o más *campos* (pensemos en valor capital económico y capital cultural). En su interacción y a través de su experiencia dentro del *campo*, cada individuo desarrolla su propio sistema de expectativas, el que “denota la comprensión práctica y la comprensión incorporada del mundo que constituye nuestra relación primordial y la forma de ser en él” (Sparrow & Hutchinson, 2013: 271, *traducción propia*)⁴, que es lo que comprendemos como *habitus*.

De aquí que, cuando pensamos en monumentos y modelos de proyectos aplicados a la ciudadanía en una nación, estamos hablando de un conjunto de procesos complejos en los que confluyen sistemas educativos, culturales, institucionales, modificación del urbanismo y el desarrollo de afectividades. Procesos que además subyacen a la idea de patrimonio, apuntando a que más allá de la realidad material del monumento, hay un foco en el sentimiento que se tiene por el monumento a lo largo del tiempo, los relatos alrededor de la figura celebrada y los actos conmemorativos que lo enmarcan durante años, todo esto, aportando al motivo de construcción de modos de ser ciudadano, lo que podemos entender como un *habitus*.

Es útil en este punto reconocer la inmaterialidad del monumento en su instalación histórica y discursiva, tal como lo define la UNESCO: “...El patrimonio cultural no se limita a monumentos y colecciones de objetos, sino que comprende también tradiciones o expresiones vivas heredadas de nuestros antepasados y transmitidas a nuestros descendientes...” (s/f:§ 1). En el caso del patrimonio inmaterial vemos una coincidencia con los planes civilizatorios de Venezuela, cuando es considerado integrador: “...contribuyen a infundirnos un sentimiento de identidad y continuidad,

⁴ (...) denotes the practical understanding and embodied grasp upon the world that constitutes our primordial relation to and manner of being-in-it” (Sparrow & Hutchinson, 2013: 271).

creando un vínculo entre el pasado y el futuro a través del presente...” (UNESCO, s/f:§ 5). Sin traer a discusión qué tanta inmaterialidad poseen los monumentos seleccionados en este estudio, podemos sugerir que estamos en presencia de prácticas planeadas alrededor de los monumentos en sí, lo que nos lleva a atender los discursos que a través de ellos se presentan al ciudadano común, para reconocer que se trata de un propósito de patrimonializar las figuras heroicas y lograr afecto sobre héroes y sus vestigios: “...El patrimonio cultural inmaterial, por lo que tiene de colectivo, de colaborativo, porque se conserva y almacena únicamente en la mente, tiene un alto componente emocional...” (Santacana y Martínez, 2018:§ 21)

Dicho lo anterior, queda establecido que la lectura de los monumentos seleccionados implica una revisión no atomizada por cada objeto de arte público, ya que los mismos son construidos por etapas (incluso décadas) a las que ya haremos mención, para ser integrados nuclearmente al tejido urbano, en distintas fases de un plan de creación de nación conocido como Proyecto Nacional.

3. Metodología

Como se ha dicho más arriba, en esta investigación se abordaron tres monumentos en la ciudad de Mérida, inicialmente erigidos entre 1842 y 1895: la Columna de Bolívar (1842), la Columna de Páez (1890) y el monumento a Sucre (1895)⁵. Para diseñar un enfoque que nos permita leer lo que estos monumentos puedan decir, hemos de considerar que en un enfoque contemporáneo respecto a la construcción de conocimiento, la revisión metodológica pasa por distintas posibilidades. Los permisos dados por la libertad en el método han permitido nuevas formas de percibir los modos, así, comprender parte de una lectura plural, en la que se va de la forma al contexto y luego a su devenir, prefiriendo el reconocimiento del lector como múltiples miradas tan válidas como posibles de ser entendidas.

⁵ Merece la pena mencionar que ninguno de ellos estuvo completamente terminado al momento de su inauguración.

Nuestra lectura, al reconocer la complejidad y polifonía de los textos, pone en diálogo herramientas teóricas y metodológicas desde la lingüística del discurso, la sociología, la historia del arte y el deconstruccionismo de Derrida, en un esfuerzo por presentar vías de comprensión admisibles y rigurosas de lo que se imprime en cada texto, por una parte, y por la otra promover aproximaciones menos sesgadas y limitadas por un método que busque adecuar el fenómeno al ojo que lo observa.

En tal sentido, iniciamos considerando la deconstrucción como marco general de nuestra aproximación. Desde Derrida, deconstruir consiste en leer y reconocer lo accesible e inaccesible de los textos, para reelaborar el concepto que se aborda desde una hermenéutica menos gadameriana y más nietzscheana, donde las significaciones son conflictivas, antes que únicas y unívocas. El método deconstructivo evidencia la experiencia del tiempo, a diferencia de la arqueología que rastrea una comprensión reconstructiva del pasado, aquí se busca acortar la distancia entre las temporalidades del pensamiento. Este tipo de lectura será entendida como deconstrucción, un método que prefiere reconocerse como camino antes que un proceso a favor del resultado, es decir, opta por el estado consciente de la investigación en su tránsito.

Para esto, hemos combinado una mirada sistemática al contexto en que se producen los textos aquí abordados, a los textos mismos y a aquello que con estos se pretendió hacer. El hecho de que ninguno de estos monumentos estuviera completamente terminado al momento de su inauguración genera interés respecto al contexto de su producción, en el que prestamos atención a lo que refieren (la ideación), su audiencia (a quienes van dirigidos y quienes los ejecutan) así como su estructura misma (el rol que esta cumple)⁶. Por ende, siguiendo a Derrida (1986), se observan la forma, el sentido y la firma de los monumentos (texto); cada uno instalado en un espacio social en el que se llevan a cabo interacciones entre individuos (campo), donde la simbología de lo representado en esos

⁶ Se trata de una adaptación del modelo para la comprensión del contexto en la lingüística sistémica funcional, la que considera los elementos campo (aquello de lo que se habla), tenor (los participantes de un evento comunicativo) y modo (el rol del lenguaje en el evento). Para una mejor comprensión de estas nociones y su uso en la lingüística sistémica funcional, véase Halliday y Matthiessen (2014).

textos/monumentos representa una forma de capital (cultural) y que además busca definir las relaciones entre esos individuos, quienes comprenden el valor de ese capital, en ese campo y en el que desarrollan una forma de ser, un *habitus* (Bourdieu, 2016). Con esto en mente, el análisis ha abordado los textos como un todo coherente, en su contexto y los ha leído en tanto que capital cultural que busca desarrollar en sus lectores un *habitus* respecto a un discurso en particular.

4. Análisis

4.1. Forma:

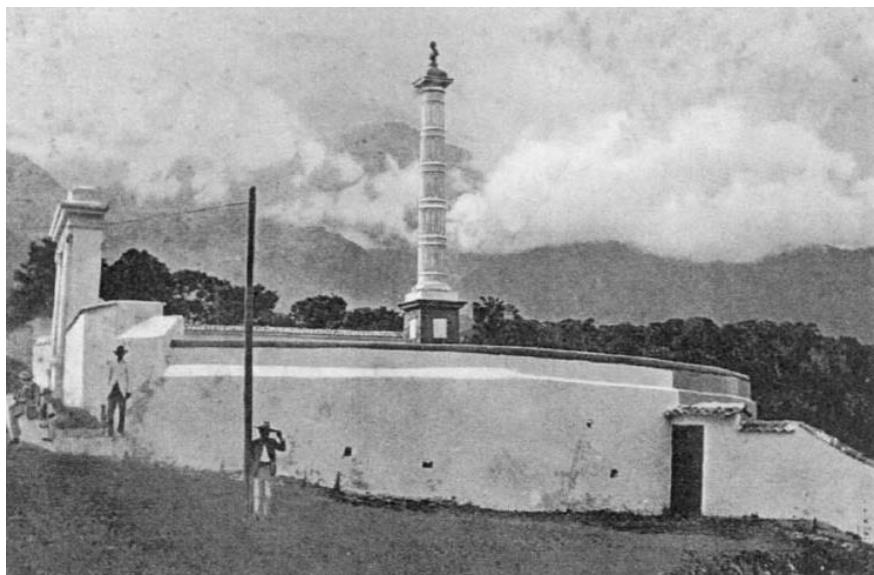
4.1.1. La Columna de Bolívar:

Erigida en 1842 en una alameda en la entrada superior de la meseta de la ciudad (oriente), fue concluida en 1856; reparada en 1883 y en 1889; luego se le incorporaron mejoras en 1900 en las que se sustituye el busto de arcilla por uno de bronce; en 1930 se hacen mejoras al entorno de la glorieta y una ampliación de la misma en 1937. La configuración no fue culminada desde su creación, sino que transcurrieron alrededor de 90 años en su continua “escritura”. Tal hecho no es exclusivo de este monumento en la ciudad de Mérida, pero sí indica que difícilmente se puede entender su forma final y actual como permanente en el momento en que los discursos de planes nacionales estaban desarrollándose con ansias proyectivas a lo largo del siglo XIX.

Materialmente tenemos la siguiente descripción, de Hurtado:

El monumento diseñado por Juan Pablo Ibarra construido por el alarife Domingo Manrique, consistió en una columna de mampostería de once metros de altura, compuesta de piedra y argamasa, rematada en su punta y de fuste liso [...], grabándosele en su parte central y con letras en color rojo la inscripción: *A Bolívar* (Picón Lares, 2008a, p. 220; Nava, 1954, p. 409). Se levantó en el sitio conocido con el nombre de Plazuela de Mucujún, ubicado en la parte noreste de la ciudad, por donde llegaban y salían las distintas personas y mercancías que procedían del Páramo, Barinas, Trujillo y Maracaibo. Es decir, se erige en un espacio abierto, sin marcas de la historia (Ortemberg, 2006), pero se localiza de manera estratégica en un lugar de frecuente movilización, garantizándose su fin principal: ser

contemplada constantemente, contribuyéndose a su configuración como uno de símbolos de los hitos históricos de la gesta de la emancipación y en un referente espacial en el ámbito urbano (2015: 40)



Monumento *La Columna Bolívar*, circa 1910. Foto: autor anónimo. Digitalización Samuel L. Hurtado Camargo. Tomada de: <https://iamvenezuela.com/2017/12/la-columna-bolivar-el-primer-monumento-del-mundo-al-libertador/>



Enverjado de *La Columna Bolívar* en 1930. Foto: Marcos León Mariño. Digitalización: Samuel Leonardo Hurtado Camargo. Tomada de: <https://iamvenezuela.com/2017/12/la-columna-bolivar-el-primer-monumento-del-mundo-al-libertador/>

La columna en sí pertenece al estilo neoclásico, movimiento que persigue el modelo de belleza ideal tomada desde la antigüedad grecolatina, en especial la que se describe como belleza formal más belleza moral, es decir aquella que rebasa lo natural tanto en armonía visual como en valores éticos representados. En este monumento puede percibirse en tres cuerpos, basamento de podio con inscripciones, columna (Basa, fuste y capitel), además de la posterior añadidura de bustos escultóricos.

No se trata de una escultura y monumentos modernos, están en la construcción de la modernidad latinoamericana y venezolana pero no puede ser considerado arte moderno. El estilo neoclásico, naturalista y plagado de referencias occidentales fue producto de encargos, patrones europeos y técnicas académicas, no obstante, la arcilla tuvo su permiso temporal en la columna de Bolívar.

...fue en el año de 1883, año del Centenario del Natalicio del Libertador, cuando, por disposición del Cabildo emeritense, se coloca en el capitel de La Columna el primer busto del Padre de la Patria, realizado por los señores Gabriel Parra Picón, Vicente Rubio y Gabriel Picón Grillet. Era un busto elaborado también en arcilla quemada y revestido con pintura blanca, simulando el mármol, que por sus características no resistió la inclemencia del tiempo. (Hurtado,2015: 43)

El retrato en este caso, obra de múltiples hacedores y esculturas que fueron sustituyendo una a otras, se une con la alegoría para recoger un culto y una consagración de los héroes y referencia a la historia, esto también aplicará para los otros bustos de Páez y Sucre. Por otra parte, el contexto urbano del momento habla de un perfil bajo de las edificaciones, las torres de las iglesias son el concepto de máxima elevación, luego los monumentos vendrán a competir con la altura de lo que el periodo colonial había logrado erigir.

La evidencia describe un monumento sencillo con una disposición urbana planificada y con intención discursiva premeditada respecto a la construcción de la gesta independentista como quiebre con la opresión y la grandiosidad de la república personificada en sus próceres. Así mismo se incorporarán marcas de texto escrito que dejan

claro un sentido de sus autores, Hurtado los describe:

Consistirá en una columna sobre cuya base se leerá «Simón Bolívar, Libertador de Colombia, Perú y Bolivia, nació en Caracas el 24 de Julio de 1873 y murió en Santa Marta, de edad de cuarenta y siete años a 17 del mes de Diciembre de 1830. Sobre la caña se escribirán los nombres de las batallas en que Bolívar venció, sobre el chapitel (sic.) se colocará la estatua de la Fama con sus atributos, y la fecha de la creación de la columna... (2015: 40)

Aunque al principio, como ocurrirá con el monumento a Páez y Sucre, los bustos que los rematan serán instalados posteriormente, la escultura que subyace en estos elementos (tanto en esta columna como en el resto de los otros monumentos de esta revisión) es celebrativa, acude a la memoria, además de enfática, resalta el naturalismo y se convierte en imagen, significante del personaje. No menos relevante es notar que la necesidad de perpetuidad subyace en el material: arcilla, granito, bronce o mármol.

El emplazamiento de este monumento posee un encerramiento, que lo ubica en un recinto que contiene la columna, pero además se instituye como lugar, es decir un espacio transitable y habitable para la comunidad que lo percibe como espacio propio (Augé, 2009). En este sentido, la presencia del monumento es instalada en una de las entradas de la ciudad a través de la memoria anclada del que se considera el padre de la patria. Este monumento materialmente resulta entonces un anclaje de la memoria en el territorio urbano, tanto por su uso como su configuración.

4.1.2. La Columna de Páez

Erigida en 1890 en la entrada inferior de la ciudad en la llanura de Llano Grande (occidente). En 1891 se regaló un busto de bronce para coronar la columna, pero su peso no permitió su llegada. No es sino hasta 1908 que una comitiva lo traerá para ser finalmente colocado en 1911.



Monumento La Columna Páez circa de 1930. Foto: Marcos León Mariño. Digitalizado por Samuel Hurtado Camargo. Tomada de: <https://iamvenezuela.com/2017/05/monumento-al-general-jose-antonio-paez/>

En este caso, la experiencia anterior con el monumento a Bolívar brindará mayor desarrollo de celebración, al respecto Hurtado afirma:

...la conmemoración en 1890 del centenario de su natalicio. Para tal efecto, el presidente del estado Los Andes, doctor Carlos Rangel Garbiras, ordenó, mediante un decreto fechado el 24 de junio de 1889, declarar el 13 de junio de 1890 como el «gran día de fiesta cívica y júbilo general en todas las poblaciones de Táchira, Mérida y Trujillo», fecha «en que se cumple cabalmente la primera centuria del virtuoso nacimiento de José Antonio Páez, General en Jefe de los Ejércitos de la República, grande e Ilustre Prócer de la Independencia Americana, vencedor en Carabobo, Esclarecido ciudadano de Venezuela» (Presidencia del Estado Los Andes [PELA], 1889, p. 1).

El decreto establecía, igualmente, la consagración en la ciudad capital, para entonces Mérida, de ocho días de «regocijos públicos» y la erección de un monumento, compuesto de una columna ática y un busto, en la Plaza Bolívar, con el fin de recordar a las generaciones venideras «los heroicos y gloriosos» hechos del general Páez, y «mantener latente, en todo tiempo, el respeto y gratitud que merece por sus grandes servicios a la Patria en la causa de la Libertad y de la Democracia» (2015: 50)

El marco festivo es digno de atención en detalle, sin embargo, vamos a la historia del monumento que se construye en manos de otros gobernantes en tiempos posteriores, Hurtado referirá:

...la escultura, procedente de los Estados Unidos de Norteamérica no llegó a Venezuela para la fecha del centenario, sino, en el mes de febrero de 1891 (El busto de Páez, 1895), la cual había sido donada al pueblo merideño por el entonces presidente de la República, doctor Reimundo Andueza Palacios. Sobre los cuatro lados del pedestal de la columna ática, como se refiere en el periódico *El Lápiz*, en su publicación del 29 de julio de 1890, se grabaron las siguientes inscripciones:

A Páez
Grande e Ilustre Prócer de la
Independencia Americana.
El Pueblo y el Gobierno del
Estado Los Andes
Siempre Bizarro y Vencedor
El Adalid de la Libertad
Barinas, Onoto, Guayabal, San Fernando,
El Jobo, Cañafistola, La Cruz, Naguanagua
La Vigía, Puerto Cabello
Siempre Bizarro y Vencedor
El Adalid de la Libertad
Matas Guerrereñas, Portachuelo de
Estanques, Palmarito, Mata de la Miel,
Paso del Frío, El Yagual,
Achaguas, San Antonio, Banco
Largo, Rabanal, Mucuritas, Apurito.
Al Esclarecido Ciudadano
de Venezuela

Decretada en 1889-Erigida en 1890... (2015: 52)

En este monumento vuelve a repetir la austeridad de elementos, pero alcanzan al fuste de la columna. Al ser liso, sin embargo, el resultado de unir el busto y la columna resulta más proporcional en el sentido de dimensiones que el anterior. Nuevamente una columna va tener la función de acotar los límites urbanos existentes en la ciudad, esta vez, desde la entrada inferior (hay que considerar la ciudad como ascendente por la inclinación de la

meseta), el entorno es más vegetal y se convierte en hito de referencia para el transeúnte que llega y sale de la ciudad.

Este monumento desaparecerá de su lugar con el crecimiento de la ciudad y la necesidad de crear una nueva plaza en la entrada inferior, La escultura de Páez será parte del Monumento a Campo Elías o Glorias Patrias, en 1930, más monumental, nuevo hito de expansión de la ciudad, nueva geografía urbana de la ciudadanía. Variará su morfología con relieves de bronce y pedestal de granito.

4.1.3. El Monumento a Sucre

Erigido en 1895 en la plaza llamada antes Milla, su primer busto fue de bronce, luego será mármol, que también será modificado en el presente por una escultura pedestre. Para la creación es referida por Hurtado de la siguiente manera:

...el presidente del estado Los Andes, Atilano Vizcarrondo, emitió, el 24 de octubre de 1894, un decreto en el cual establecía la conmemoración en todo el Estado del Centenario del Natalicio de Sucre; a la vez, ordenaba la erección de un busto de bronce a la memoria del héroe, el cambio de nombre de la Plaza Milla por Plaza Sucre y la conformación de una junta destinada a organizar todo lo concerniente con dicha fiesta pública... (2015: 57)



Monumento al Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre. [Fotografía]. (Benet, 1930, p. 214)
(En Hurtado, 2015: 60)

En este caso, la elevación es telescópica, cuatro cuerpos en los que se ve una base cuadrangular. No se trata de una columna sino de un pilar exento, elemento que debido a una altura menor al de las columnas se percibe más robusto e incluso cercano a la sobriedad de la columna de Páez. Al ubicarse en una plaza, el carácter es concéntrico del monumento, la radialidad lleva la vista al centro del emplazamiento.

La plaza es la configuración inmediata para este monumento, el carácter nuclear de la misma es fundamental para su disposición. En el entramado urbanístico, la plaza es considerada como lugar central y ordenador, más aún en nuestra tradición colonial, en la que la plaza centraliza el poder religioso, civil y militar alrededor; aunque el militar ha sido distanciado con el paso de los siglos. Así, la plaza como lugar trasciende su carácter fundacional de la ciudad creada en la colonia, pasando a ser refundada en tiempos de independencia como espacio para la celebración de los héroes. Al respecto, leemos en Hurtado que en la Plaza Sucre,

...el 5 de julio de 1897 se colocó un nuevo busto, esta vez de mármol, donado a la ciudad por el doctor Atilano Vizcarrondo, quien lo había solicitado a Europa en años anteriores. Desde entonces, conjuntamente con La Columna Bolívar y la Columna Páez, se convertirán en los lugares de encuentros para las fiestas patrias que a finales del siglo XIX y principios del XX...(2015: 59)

Estas plazas en las que devienen los espacios para los monumentos abordados son, potencialmente, réplicas menores de la Plaza Mayor (subsecuente Plaza de Bolívar). Plazas en las que estos monumentos son elementos que articulan espacios para la interacción entre sujetos que influyen los unos sobre los otros, constituyendo lo que podremos llamar un campo especializado que se organizará “según el volumen del capital específico que en él se posee (...) y en el que las oposiciones que tienden a establecerse (...) son *homólogas entre ellas* (...) y *homólogas de las oposiciones que organizan el campo de las clases sociales* (...) o *el campo de la clase dominante*” (Bourdieu, 2016: 272, traducción propia)⁷.

⁷...selon la même logique, c'est-à-dire selon le volume du capital spécifique possédé(...) et que les oppositions qui tendent à s'établir(...) sont *homologues entre elles* (...) et *homologues des oppositions qui organisent le champ des classes sociales* (...) ou *le champ de la classe dominante* (Bourdieu, 2016: 272).

En tal sentido, en este campo especializado, que podremos llamar de la ciudadanía ejemplar, interactúan quienes deciden la producción de los monumentos para generar patrimonio y quienes, al contemplarlos, los reciben. En otras palabras, es la interacción a través de los monumentos como textos, cuyas formas son medio para participar de ese discurso sobre el deber ser ciudadano. No es de menospreciar, no obstante, que quienes consumen tales textos, al leerlos construyen lo que, desde su realidad, puedan comprender de esa épica y el modelo que representa. Épica que, a su vez, busca modificarla realidad y así apuntar al desarrollo de una ciudadanía de acuerdo a los preceptos establecidos para un plan de nación.

4.2. Sentido:

El sentido de los monumentos (textos) abordados apunta al significado implícito en el contexto en el que se producen. Nuestra aproximación al contexto general en el que se concibieron y ejecutaron estos monumentos considera tres elementos para entenderlo y así avanzar en la comprensión de los mismos y el discurso del que participan. En las generalidades del contexto, para hacer una lectura plausible del sentido imbricado en estos monumentos, hemos prestado atención a aquello a lo que los monumentos *refieren*, su *audiencia* (a quienes van dirigidos y quienes los ejecutan) y el *rol* de los mismos. Estos tres elementos no actúan independientemente, sino que aquello a lo que apuntan se solapa constantemente en lo que aporta a la comprensión del contexto para la lectura de los textos (monumentos) abordados (leídos).

La ciudad en la que se conciben y ejecutan estos monumentos es una ciudad latinoamericana de mediados del siglo XIX, en una meseta de difícil acceso en Los Andes venezolanos, dadas las escasas vías de comunicación. Una consecuencia de este aislamiento fue el hecho de que la ciudad mantenía, aún luego de la gesta independentista, un aire más colonial de lo deseado.

Surgiría entonces la necesidad de marcar diferencia respecto a ese aire de colonia y, al hacerlo, cumplir un doble propósito. Primero, reconocer la gesta de la guerra

independentista, que nos liberara del yugo español y nos llevaría por la puerta grande hacia la república y la modernidad. Luego, en tanto que república independiente, apropiarse de la idea de progreso, emparejada con el espíritu de actualización moderna que invadía al mundo occidental. Esto *refiere* a dos momentos históricos claramente distinguibles: el primero a superar (la colonia) y el segundo a instalarse como un nuevo modo de control social (la nación moderna).

Vemos que los monumentos terminaron por actuar como históricos y culturales, concebidos por las élites gobernantes y dirigidos a los ciudadanos (unos y otros constituyen su *audiencia*), quienes reconocerían en los monumentos un devenir nacional que se gesta en sus héroes y luego una ceremonia alrededor de los mismos, que determina el modo ciudadano requerido. Un *rol* al que apunta Hurtado, al sostener que "...las estatuas se convirtieron en la consagración más fehaciente de la memoria, perpetuando el sentido de pertenencia y apropiación de la patria venezolana, expresada en el culto a los héroes, en especial al Libertador Simón Bolívar..." (2015: 36).

En este contexto, el sentido en estos monumentos históricos apunta al héroe nacional. Desde una noción básica, el héroe nacional se puede entender como una propuesta, una confluencia de ideales encarnados en un prohombre. Pues, el significado del héroe proviene tanto de sus acciones como del valor que los demás le otorgan. De esta manera, en él se configuran sentidos que lo establecen como referente a la superación de la colonia y al ingreso o transformación en república, la forma de organizar naciones en la modernidad. Es en los héroes en quienes se representan los modelos de patriota y figura ejemplar para la idea de nación, lo que los convierte en figuras de suma relevancia para finales del siglo XIX.

El monumento histórico rescata glorias del pasado para lograr culto en el presente, con la finalidad de perpetuar valores. El culto al monumento es el culto al hombre, un supra hombre que reafirma su existencia en medio de la ausencia corpórea y cuyas condiciones morales, intelectuales, estratégicas, tácticas y propuestas de nación se consideran heroicas.

En consecuencia, el culto al monumento es de tal importancia que de su perpetuidad depende la noción de la ciudadanía deseada. Necesaria ante la crisis de la post independencia, atribuida al factor humano por los intelectuales de la época, quienes argumentarán que “la mala calidad de los ciudadanos” (Carrera, 2006: 77) es la responsable. Esta autoimagen negativa justificará la búsqueda en los héroes originales de la patria modelos de ciudadanía para décadas luego, incluso siglos posteriores.

Este tipo de juicios instan a la creación de un plan cuyo fin sería el de lograr mejores ciudadanos. Para ello se apunta a los sujetos ejemplarizantes, en específico aquellos que son la mejor versión de la venezolanidad: los héroes patrios. Héroes que serán celebrados en actividades recurrentes, anuales en muchos casos, en las que se desarrollan festividades, celebraciones y modos de operar el respeto y consagración de la memoria de las figuras patrias. El héroe es objeto de culto, entendiendo este como la práctica institucionalizada, normada y con una creencia firme sobre lo que se celebra o admira. Este tipo de intención persigue un propósito más grande que la misma historia patrimonial de nuestro legado y nuestros padres constructores de nación, los autores de este culto buscaban una manera de construir futuro.

Una consecuencia de esto será que el héroe es un concepto evaluado continuamente, de acuerdo a los presupuestos éticos que culturalmente se definen en el tiempo y dicha evaluación los constituye en *bienes culturales* en un *mercado cultural* (Bourdieu, 2016), en el que su intercambio define las relaciones entre los participantes. El reconocimiento de la épica de la independencia, sus próceres, su ejemplo, su legado, es capital cultural que se hace patente en el ser ciudadano. La posesión e intercambio de este capital en la cotidianidad hará la diferencia entre “ciudadanos ejemplares”, conscientes de su devenir histórico y quizá dignos de ser encargados de las riendas de la sociedad, opuestos a aquellos que, con poco o nada de tal capital, aspiran a contemplarlo como una épica que los incluye solo como testigos de un pasado glorioso que no acaban de entender y que siguen contemplando ahora en la figura del héroe hecho monumento, y el monumento hecho patrimonio. Después de todo, la imagen del héroe, dirá Martell, “...se ha utilizado con

diversos propósitos: como símbolo unificador, como actor principal en la construcción de eventos gloriosos, como eje clave en los discursos nacionales...” (2011: 2).

4.3. Firma:

El sentimiento nacional de los cronistas desde siglo XIX hasta bien avanzado el siglo XX en Mérida es de estilo afectado, entre ellos, don Tulio Febres Cordero es un ejemplo resaltante. Se escribe emotivamente, se hacen discursos inaugurales emotivamente, se erigen monumentos con carga emocional, sentimental y proyectualmente planificados. Lejos de la forma y estilo de la historia sistematizada que conocemos actualmente, esto tiene una lectura: interesaba compartir sentimientos, motivaciones, generar una identidad construida por emociones. En consecuencia, es válido preguntarse si nos encontramos frente a una modernidad sentimental. Pues elogiar es sentir, traer a la memoria o monumentalizar es hacerse del pasado como propio, sentirse heredero, nuestros son los héroes, sus hazañas, su historia. Véanse estos ejemplos tomados de Hurtado:

¡Cenizas sagradas de Bolívar! ¡Manes venerados del Padre de la Patria!
Acoged propicios la gratitud y los honores que os tributamos; y desde la morada de la Fama, que habitáis, mirad halagüeños nuestros sinceros esfuerzos para seguir el sendero que nos marcasteis (2015: 42)

Y en un tono similar:

Bien estás, oh Páez Invicto!, en el bronce hierático y glorioso, coronando este modesto pedestal, en la exigua pradera, remedo feliz de la llanura inmensurable que fue teatro de tus homéricas hazañas!
Bien estás, gigante legendario, dando el frente a la inhiesta Cordillera [Sierra Nevada], nunca jamás tan encumbrada y formidable como tu gloria!
(Hurtado, 2015: 54)

Los historiadores han desarrollado un concepto claro de lo que ocurre en Venezuela en el período 1830-1870 para la asimilación de un nuevo marco gubernamental en la recién independizada nación. El Proyecto Nacional, suerte de formación social en cuanto a institucionalidad y ciudadanía, articula con mejor claridad o con enfoques e intenciones proto-ideológicas una respuesta a la necesidad de homogeneidad de la nación en un sentido

propio y unificado. Una respuesta que, argumentamos, apunta a la tarea de establecer un sistema de disposiciones características de las clases (Bourdieu, 2016), de la sociedad, que promuevan la incorporación de una comprensión de la nación, anclada en la historia (épica) de liberación y que apunte al progreso y desarrollo de una nación moderna. Una comprensión incorporada en cada individuo, quien la llevará consigo en sus prácticas cotidianas en los diferentes espacios de interacción y que apunte a la creación del ciudadano de la nación venezolana. Un *habitus* que pueda convertirse en un agente de cambio en esa transición entre la colonia que queda atrás y el Estado Nación por consolidar.

La constancia del Proyecto Nacional no radica en su consolidación, sino en sus continuos actos de reafirmación. Es decir, no se es parte de la nación por decirlo, sino por la práctica propiciada por los rectores del plan. Las élites gobernantes, directamente responsables de la implementación del proyecto, encuentran en la “conciencia nacional” la solución aparente, es el territorio a conquistar y el terreno a fertilizar para la composición de la ciudadanía a través de lo que argumentamos es la configuración de un *habitus* (Cf. Bourdieu, 2016; Sparrow & Hutchinson, 2013).

Merece la pena apuntar que dos de los monumentos son columnas, la elevación con marcado estilo clásico se inscribe en lo conmemorativo y en lo grandilocuente, y cuya disposición en dos entradas de la ciudad indica una acotación de lo que se entiende como urbano. No sería exagerado afirmar que se trata de la creación de hitos por medio de la instrumentalización de la vida ejemplar de estos sujetos (derivada de sus prácticas heroicas) que definen dónde está la ciudad y el comportamiento ciudadano, una manera de señalar los bordes de las ciudadanías.

A través de los monumentos se aspiraba a catalizar el comportamiento ciudadano, una intención que podríamos decir deriva de la urgencia en los rectores de la nación para construir una Venezuela ideal, que los llevó a necesidades de desarrollo del sentimiento por lo nacional como la meta que haría que los ciudadanos encontraran su lugar como venezolanos enmarcados en la modernidad. Bajo esta perspectiva, podemos afirmar que la

construcción de la nación, pasa por lo simbólico de los monumentos dentro de distintos enfoques a lo largo de las décadas, pero que al final contienen el mismo sentido (independiente de las personalidades): construir un modelo de ciudadanía a partir de la empatía con los héroes nacionales.

5. Consideraciones finales

El monumento se concibe para suplir las necesidades en el ciudadano de aspirar a una superación moral en su hacer; además se constituyen de un pasado perpetuado por su propia instalación, a través de la que se erige como un símbolo que, dado el culto, permanece como lección y reiteración de lo que somos en el presente, atados a un pasado idílico, heroico, episódico y ejemplar. Una herencia obtenida con duelo, articulada por méritos, administrable por las condiciones sustanciales de nacer en un territorio configurado por héroes, habitado y transitado por sus hijos. En otras palabras, estos monumentos son proyectos de representación del tiempo continuo en un espacio de relaciones interpersonales urbano, que aspiran permanecer, siempre y cuando el relato y el culto se normen regularmente: el culto al origen de la nación, uno distinto del territorio, donde se retoma un nuevo comienzo, uno a gusto, olvidando el colonial y el desconocido prehispánico.

Para comprender un poco más el proceso de fundación de nación, en este análisis hemos abordado tres monumentos que en su construcción de patrimonio se han leído como textos a través de los que se participa de un discurso del deber ser ciudadano, en un contexto en el que tal discurso fue una necesidad para quienes buscaban rearmar la nación luego de los estragos de la independencia. Un trabajo que inicia en el segundo tercio del s. XIX y que tomará lo que resta de este para comenzar a reorganizarse.

La lectura que ofrecemos deconstruye los monumentos desde su forma, sentido y firma, para comprenderlos como elementos en un entramado social, político, educativo incluso, en el trabajo de construcción de nación propio del espíritu de la época. En nuestro proceso de comprensión de estos monumentos en su rol, nos hemos apoyado en Bourdieu

(2016) y la lectura de tres de sus nociones: campo, capital (cultural) y *habitus* (Sparrow & Hutchinson, 2013), con la intención de mostrar que estos monumentos en su construcción de patrimonio representan formas de capital (cultural) con el que los individuos interactúan en los espacios propios (Augé, 2009) que constituyen un campo (de la ciudadanía ejemplar) y de cuya interacción en ese campo se buscó generar un *habitus* como fuerza de cambio en las formas de ser del ciudadano común.

No obstante, para comprender estos textos y participar de ese discurso de ciudadanía ejemplar haría falta en parte de la audiencia de estos textos (el pueblo llano que los recibe) suficiente capital cultural como para aprehenderlos y, pudiendo participar de ese discurso, desarrollar el *habitus* previsto. Nos parece que la falta de tal capital no permitió que esto ocurriera y por el contrario generó una multiplicidad de lecturas de estos textos como ajenos por parte de los ciudadanos. Algo que quizá no haya cambiado mucho a lo largo de nuestra historia, y que podría abordarse en futuras investigaciones.

Para finalizar, aunque las fechas de erección difieren en sus propios gobernantes locales y en la manera en se completan las obras, todas pertenecen al discurso extenso de la construcción de nación a través de la creación de un ciudadano ejemplar, como parte del Proyecto Nacional, lo que también incluía la necesidad de ordenamiento urbano por medio de parques y monumentos embebidos de ese espíritu con la finalidad homogeneizadora de la sociedad. Esto invita a creer en la idea del *zeitgeist*, es decir el espíritu de la época latente y evidente en pensamiento y obra, lo que deja poca duda del plan. Sin embargo, la función de este plan es la conquista del destino, no se conformaría con su tiempo presente, deseando llegar a lo emocional y ético, perdurando así en el tiempo.

6. Referencias

- **Anderson, B. (1991).** *Imagined communities: Reflections on the origin and spread of nationalism.* London; New York: Verso.
- **Augé, M. (2009).** *Los no lugares: espacios del anonimato: antropología sobre modernidad.* Barcelona (Esp): Gedisa.
- **Beltrami, M. (2010).** *El monumento histórico a través del tiempo: antecedentes y orígenes.* En **Contribuciones a las Ciencias Sociales**, mayo, 2010. Disponible: www.eumed.net/rev/cccss/08/mb.htm (Consultado 14 de septiembre 2019)
- **Bourdieu, P. (2016).** *La distinction critique sociale du jugement (édition électronique).* Les Éditions de Minuit.
- **Carrera, G. (2006).** *Una nación llamada Venezuela.* Caracas: Monte Ávila Editores.
- **Derrida, J. (1986).** Leer lo ilegible. Entrevista con Carmen González-Marín. En **Revista de Occidente**, 62-63, pp. 160-182.
- **Halliday, M. A. K. & Matthiessen C, (2014).** *Halliday's Introduction to Functional Grammar (4ª ed.).* Londres: Routledge.
- **Hurtado, S (2015).** Entre el bronce y la vida: los héroes de la Independencia en la estatuaria pública conmemorativa de la ciudad de Mérida (1842-1915). En **Kaypunku. Revista de estudios interdisciplinarios de arte y cultura / VOL. 2 / NÚM. 1.** p.p 31-73
- **Martell, M (2011).** El concepto de héroe nacional y su relación con el adolescente actual. Un punto de vista desde la perspectiva de identidad. En **Revista Iberoamericana de Educación.** n.º 56/2, pp 1-12
- **Medina, A. (2015).** Textos, contextos, discursos. Lingüística para leer culturas. En **FERMENTUM**, 72, enero-abril. Disponible en <http://www.saber.ula.ve/handle/123456789/42979> (Consultado 15 de mayo 2020)
- **Quintero, I. (2015).** Enseñar historia en Venezuela: Carencias, tensiones y conflictos. En **CARAVELLE. 104: Amérique Latine: mémoires et histoires nationales.** Disponible: <https://journals.openedition.org/caravelle/1576https://doi.org/10.4000/caravelle.1576> (Consultado 20 de mayo de 2020)
- **Santacana, J. y Martínez T. (2018).** El patrimonio cultural y el sistema emocional: un estado de la cuestión desde la didáctica. En **Arbor, ciencia, pensamiento y cultura.** Vol 194, No 788. Disponible en: <http://arbor.revistas.csic.es/index.php/arbor/article/view/2259/3177> (Consultado 28 de mayo de 2020)
- **Sparrow, T.& Hutchinsona. (eds.) (2013).** *A History of Habit: From Aristotle to Bourdieu.* Plymouth: Lexington Books.

- **UNESCO (s/f).** ¿Qué es el patrimonio cultural inmaterial? Disponible en: <https://ich.unesco.org/es/que-es-el-patrimonio-inmaterial-00003> (Consultado 28 de mayo de 2020)